

Xabier Silveira

A las ocho en el Bule

Foto de portada: Argazki Press

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

www.txalaparta.com

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, noviembre de 2007

Segunda edición de Txalaparta

Tafalla, diciembre de 2007

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

© Xabier Silveira

Realización gráfica

Nabarreraia gestión editorial

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

978-84-8136-505-4

Depósito legal

NA-3560-07



txalaparta

Ésta es una historia completamente ficticia. En ella, ni lugares ni personajes son reales. Debido a que nunca ocurrió, muchos de los datos y nombres utilizados para su elaboración carecen de coherencia tanto en el tiempo como en el espacio.

...eta azkenik eta gehienbat/nere ustetan onenei...

Zuentzat, bihotz bihotzez

Intro

Miró su reloj. Las ocho. Miró su porro. El segundo en diez minutos. Dejó caer al suelo la txustarra, se subió la cremallera de la sudadera negra y se puso la capucha y un guante de látex en la mano derecha. El Nissan Patrol de la Guardia Civil se hacía un hueco en la oscuridad de la calle que, mojada por los cincuenta litros de gasolina que acabábamos de derramar sobre el asfalto, ejercía de espejo a las luces del vehículo policial. Junto a él, yo, preso del pánico. Cada uno con un cóctel molotov en la mano.

Orain! Y... se hizo la luz.

Un enorme resplandor nos cegó por un diminuto instante que jamás olvidaré. Fue antes de girar el cuerpo ciento ochenta grados y correr. Correr y correr calle abajo hasta...

Aquel libro era una macarrada. La última novela de moda. Era de Gotzon Aranburu, un viejo es-

critor de Azpeitia que mercadeaba con las palabras para no tener que trabajar. Por aquellos tiempos la inmensa mayoría de novelas publicadas en Euskal Herria trataban en torno al mismo tema: la kale borroka.

Aburrido no sería la palabra exacta, pero sí que podría valernos... desganado, sí; desganado pues. Posé el libro boca abajo en el reposabrazos del sofá y me lié un canuto. Busqué el mando a distancia del televisor en los entresijos –nunca mejor dicho– del tresillo y una vez me hice con él, puse la ETB. La *etebe bat*. Aquello parecía «Hitzetik hortzera». Y lo era. Bertsolaris, por lo que deduje que sería domingo. Un chaval gordo y rapado cantaba, mal. Su camiseta me llamó la atención. Sobre el fondo rojo una chica empuñaba un hacha amenazante ante un policía sentado en el suelo. Su cara me sonaba, la del gordo, no sé de qué. Mientras, el porro apuraba ya sus últimos segundos en este mundo. Según me hervían las pupilas, la imagen del gordo con txapela se disipaba en mi mente, que, lejos de seguir en mi cabeza, estaba enfrente. Me hallaba, pues, yo, sentado frente a mí, y la vi. ¡Joder que sí la vi! Era esa oportunidad que pocas veces se tiene de huir, huir de ti. Y corrí.

Sentado en mi sofá, huyendo de mí sin parar de correr, me hice mi propio *best-seller*.

La noche D

Aquella noche sería especial; se respiraba –¡qué digo, respiraba!–, se palpaba en el ambiente. Mónica me había invitado a ver el partido de Mikel Goñi, con un par de entradas que le pasó su tío, intendente por aquellas fechas de una de las empresas de pelota. Me duché y me fumé un porro de hierba de la de Unai. «De nido», que diría el flipao. La verdad es que estaba de la hostia. Me dejó medio tonto durante un buen rato. Eran ya las siete y Pelos seguía sin llamar. Dos días ¡Dos días de gaupasa comiéndose lo de todos! ¡Será hijoputa!

Sonó el teléfono: «Bai?»). No era Pelos. Era Mónica. ¡Mierda! Bueno, ¡qué hostias, mierda!, al fin y al cabo me iba a invitar al frontón y Mikel Goñi era mucho Goñi. Si hacía falta, hasta follar por ver a Mikel, ze kristo!

Quedé con Mónica a las nueve, en el Zunbeltz, como siempre. Aún sobraba hora y media para poder llegar, vía teléfono móvil, a la posición exacta del subnormal de Pelos. Pero lo primero es lo primero y me lié otro petardo que así como vino me puso la cabeza como un flan: temblorosa y de vainilla. Cuando reaccioné eran ya las ocho y media y acababa de sonar dos cortas y agudas veces, el móvil, mi móvil, aquél que llegó para irse, «por el curro, ya sabes», pero se quedó a vivir conmigo. Un mensaje SMS. ¡Eh! Era Pelos. *Stoy n l znbltz*. Este tío... ¡Era la hostia!

Bajé al Zunbeltz con la sonrisa de niño malo y los ojos atrincherados en dos bolas de carne. Rojos. Las playeras que me regaló mi hermana Izaskun unos pocos días antes, adelantándose a mi veinticinco cumpleaños –unas Nike azules que parecían sacadas del futuro– y la camisa negra me delataban. «Qué, ¿a cenar con los viejos?», me espetó Mari contestando así a mi «kaixo politta».

Mari estaba fuera, con Eneko, hermano de Unai. Se les notaba a la legua que eran hermanos, por el olor a hierba. Entré y me encontré de frente con lo que esperaba. El Pelos –ojos como platos–, Gaizka –mandíbula elástica– y Jon, con un hostión que pa'qué. Venían de Goizueta, y así lo hacían saber las pegatinas casi ilegibles de Goizuetako Gaztetxea, aunque la txapela que traía Jon y el chaleco reflectante que vestía Pelos tampoco dejaban lugar a dudas. En las dos la misma inscripción: Goizuetako Udala. Jon alardeaba a gritos ante todo el local de

que él, sin doping, aguantaba a los Armstrong's aquéllos, refiriéndose, evidentemente, a sus dos compañeros de misión. ¡Vaya tres! ¡La madre que los hizo! Llevaban un par de veranos imparables, la verdad sea dicha, pero nunca, hasta entonces, la habían liado así. Unai y los chavales se iban a poner muy-muy contentos en cuanto algún charlatán sub-18 les fuera con el cuento. Pedí una coca cola y empecé a tomármela con ellos, intentando hacerles ver que la habían cagado y gorda además, pero a oídos necios palabras sordas. De repente, me di cuenta de que estaba haciendo el gilipollas. Y no sólo por el hecho de intentar comunicarme con tres seres totalmente inertes a cualquier destello de lógica, no, ¡qué va!, si Mónica me encontraba allí con aquellos tres mangarranes, el partido correría grave riesgo, puesto que ni de coña se creería el cuento típico de «que yo no, ¡que yo no!». Espabilé, dije cuatro tonterías, me llevé lo que les había sobrado a los tres mosqueteros en la bolsa y puse rumbo a la Herriko mientras enviaba un sms a Mónica. *Mjor n l herriko, asi cnamos alli.*

En la puerta de la herriko me volví a encontrar con Eneko, que, para nosotros, no era Eneko sino el hermano pequeño de Unai, apoyado en la entrada hablando como a escondidas con dos de los chavales. Deduje así que ya no continuaría hablando con Mari en la puerta del Zunbeltz; eso era más que evidente. Saludé a todos, no de uno en uno, sino en general: «Kaaixooo». Los días en que a la noche habíamos quedado eran siempre así. Días

sin colegas. Nos conocíamos desde que éramos enanos, hablábamos y jugábamos a cartas apostando monedas o a la máquina de dardos casi todos los días pero... pero los días de... esos días no.

Entré en la herriko, besé en los labios al camarero, seguí besando una por una a toda sonrisa dispuesta a ser reflejo de la mía y, qué casualidad, llegó Mónica.

Mónica no era, que se diga, muy afectuosa en su trato diario con la gente del barrio; no concebía como tales los saludos con derecho a roce. Y no era sólo eso, aunque también, pero digamos que no le molaba mucho ese ambiente de «besitos de saldo y abrazos en papel de regalo», que diría ella. Es por eso que me pareció puuuuta casualidad el hecho de que Mónica se hubiera presentado en ese puuuuto momento en el bar, justo cuando estaba saludando yo de beso a Goizane, que había sido mi novia durante mogollón de tiempo y que a Mónica se le atragantó desde el primer día que la vio. Fuimos pareja desde que teníamos dieciséis –ella es de mi edad y fuimos juntos a la ikastola– hasta hacía un par de años. Mónica decía que, después de tantos años follando y aguantando mecha juntos, algo siempre quedaba. Sea por lo que fuere, a Mónica se le ponían los pelos de punta al verla. Por eso no la quería ni ver, la despeinaba.

Nos sentamos en una mesa al fondo en un principio, pero opté por cambiar de mesa mientras

ella fue un momento al baño. Era conveniente que me viera con Mónica cuanta más gente mejor.

Mónica pidió un bocata vegetal y agua del tiempo, cosas de mantener la línea. La había estado observando mientras ojeaba la carta de *Bokatak eta Plater konbinatuak*. Era guapa. Muy guapa. Cada vez que la miraba me parecía más guapa. Ojos verdes, azules quizás; a veces verdes y a veces azules. Rostro perfecto de escultural belleza, que diría el poeta. Un verdadero poema. Era la persona más bella que en el planeta existiera, por mucho. Sabía que tarde o temprano se me pasaría, pero en aquellos momentos de enamoramiento y rimas de Bécquer, así me parecía.

En cierto momento me di cuenta de que ella también me miraba a mí. Me miraba y movía los labios y la boca sin parar, señal inequívoca de que me estaba hablando. Hice fuerza por dentro e intenté escuchar con la mayor atención posible lo que aquellos perfectos labios pronunciaban al son de una angelical voz. «¡Los bocaaaataaaaas!». La ama de Goizane me sacó de mi embriaguez visual con un chillido haciendo honor a su sangre bermiotxarra. Trabajaba en la cocina de la herriko desde que se abrió como bar y dejó de ser sólo sociedad, allá por el año noventa. «Ya voy yo», dije. Me levanté de la silla y al levantarme pegué con la parte exterior del muslo izquierdo el borde de la mesa haciendo que ésta se tambaleara bruscamente; y fue fruto de aquel brusco tambaleo que, la mesa, la puuuuta mesa, se desprendió de todo

objeto colocado sobre ella y, como por arte de magia, el botellín de agua y la caña con limón, que se encontraban pánfilamente descansando en sus respectivos vasos, fueron a parar a la minifalda que esa noche tan especial se había puesto Mónica. El servilletero, de propaganda de cervezas El León, del que, por cierto, se decía que era del año setenta y que incluso el mismísimo Urtain había estampado en él su firma una noche de invierno y putas de gratis, ese servilletero, salió en dirección opuesta y se hizo añicos al estamparse contra el suelo de azulejos, que, tal y como su propio nombre indica, era azul de lejos pero negro al acercarse. Los palillos, amontonados sobre la banqueta que acababa yo de desocupar, fueron testigos privilegiados del lento rodar y posterior caída al vacío del vaso en el que hasta ese maldito instante yacían. Nada pudieron hacer por él. Se formó un sonoro alboroto y mi bocata de lomo con queso y pimientos tuvo que esperar. Y esperé. Esperé hasta que pude convencer a Mónica de que luego, en mi casa, ya encontraríamos algo que ponerse como para ir al frontón. Estaba rebotada, pero seguía siendo igual de guapa que la primera vez que la vi. ¡Qué bueno estaba el bocata!

Deslicé la mano derecha sobre mi pantalón, en dirección al calcetín para cerciorarme de que...

—¡Mecagüen...!

—¿Qué te pasa? —pregunto Mónica.

—Nada —le dije—. Se me ha perdido la perica.

—Mira, Arrats, más te vale que sea bola, porque...

Ahora sí que estaba rebotada. Sacó las entradas del bolso y las dejó caer sobre la mesa ya recogida por el camarero. Estuvo a punto de decir alguna barbaridad pues amagó la frase e hizo ademán de estrangularme amistosamente mientras ingería una enorme bocanada de aire. Aire y humo que desprendía el porro que, en un di-da, yo me había liado. Soltó todo el cúmulo de oxígeno y nicotina con THC convertido en dióxido de carbono y, haciendo como si nada hubiese ocurrido diez segundos antes, se tomó el cortado descafeinado con leche fría que Haritz, el camarero, acababa de depositar sobre la mesa, al lado de las entradas para ver a Goñi II. Veintiuno cincuenta y nueve, eran casi veintidós. Sólo teníamos sesenta minutos para subir a la que todavía era mi casa, la de mis viejos, hurgar en el armario de mi hermana Izaskun y volar al Atano III en taxi. Y así lo hicimos. A las veintidós y cincuenta y uno estábamos, yo con mi camisa negra y Mónica con un vestido morado super guapo de alguna boda a la que Izaskun habría sido invitada, en la puerta del Atano apeándonos de uno de los taxis más caros del Estado. Así es Donostia.

Ganó Goñi y yo feliz, pues la peri no la había perdido, sino que, idiota de mí, la había metido en el paquete de tabaco. Yo no tomé. Las noches de timba no me gustaba andar puesto y, aparte de que a Unai no le molaba ni lo más mínimo que to-

máramos drogas, menos aún para andar de movidas, yo prefería no meterme nada para salir de noche, me ponía paranoico. Mónica subió dos veces al váter durante el partido. Ya no estaba rebotada. Salimos a por un taxi –estas cosas las pagaba ella–, y nos lo montamos en los sillones traseros durante el trayecto, con los semáforos al rojo vivo y sin importarnos un rábano que el taxista lo viera todo; y en el Boulevard descendimos del mercedes blanco entre risas y besos, jajas y muerdos, pequeños restos de satisfacción post sexo rápido, insignificantes si los comparamos con los restos que se llevó el taxista en los cueros de los asientos. Eran las dos y veintidós minutos exactamente en el reloj de mi móvil y estaban las calles repletas de gente, turistas en su mayoría: italianos, australianos, españoles, estadounidenses... La Aste Nagusia estaba en su cénit y Donostia, la de fuegos artificiales y helado, daba asco.

Mónica había quedado con dos amigas en el Erniope y la acompañé hasta la puerta. La verdad es que me venía de paso. El Erniope, ubicado junto al centro comercial de La Brecha, era un bar ya mítico en la parte vieja. Pies negros esparcidos en las escaleras de piedra frente al bar eran lo único oscuro en la noche. El flautista con cresta rosa pedía dinero borracho perdido y tres pijos que se les notaba autóctonos, de Sanse, hacían risitas comentando las hostias que si le pillara nosequién le iba a dar en su cresta de gallo afónico. Nos dimos ciento cincuenta mil besos antes de mentirnos «asko asko

matte zattut» otras tantas mil veces y abandoné el lugar no sin antes admirar una vez más la impresionante mirada azul de Mónica. Ni me imaginaba que sería la última vez por un tiempo, aunque, la verdad, ya no era una de mis prioridades.

Las tres y media llegaron pi-pa. Estaban todos. Los de Amara, Altza, los cabestros de Igeldo, las de Intxaurreondo y las de Egia, los surfistas de Gros, los de lo viejo, Antiguo, los del barrio... alguno que otro de Hernani también. Bastante peña. Sudaderas con capucha, al hombro o atadas a la cintura esperaban impacientes en el frontón al aire libre de la plaza de la Trinidad a quien ya estaba tardando. A Unai. Eneko, su hermano, me lanzó una extraña mirada entre asustado y en guardia. Me puse de los nervios o me asusté, no sé, y me temí lo peor. Unai debía haber llegado ya de bajar las bolsas con los ponchos y los cohetes. Nunca antes había llegado tarde, al contrario, quienes dejaban las bolsas normalmente eran los primeros. Quince minutos de tardanza eran más que suficientes para que el nerviosismo aflorara y así fue. Se mascaba la tragedia. «Ze ostia?», preguntaban algunas voces que proce-

dían de caras ya tapadas o a medio esconder bajo las telas perforadas en tres lugares.

Unai no aparecía. Ni ninguno de los que estaban con él, que, a falta de Pelos y Gaizka, serían dos o tres de los chavales que no veía a mí alrededor. ¡Joder! Sin saber dónde estaban las puuutas bolsas de basura llenas de cocos era de idiotas salir ochenta encapuchados mirando en los contenedores de basuras a ver en cuáles estaban. Aunque la posibilidad más real era la de que los hubieran ligado; cualquier cosa era posible. Tres o cuatro chicos con camisetas de la movida depositando bolsas de basura a diestro y siniestro por las calles de la parte vieja donostiarra eran más que sospechosos. Igual que sospechoso había sido que nos plantáramos Unai y yo en aquella gasolinera, de noche, dos días antes, y pedir que nos llenaran tres bidones de veinticinco litros con gasolina, «sin plomo 95, por favor». Y es que, aquella noche, aquella noche iba a ser la gorda, «entre cien y ciento veinte nos vamos a juntar», había dicho Unai en la bajera de su padre con los guantes de látex en las manos para protegerse del ácido. Incluso sentí un retorcijón en el estomago cuando recordé la escenita, en una farmacia de Igara, unas horas antes de ir a la gasolinera en la Renault Express que tenía Unai –cortinas moradas y pegatas varias– y que aparcamos debajo de la cruz verde intermitente. «Cinco cajitas de clorato potásico –se hacía Unai el afónico–, de las mentoladas, que las otras son malísimas». El careto de asco que puso la farmacéutica se pasea-

ba ahora ante mis ojos a la vez que intentaba descubrir dónde la habíamos cagado.

Aquella noche iba a ser una de las que no se olvidan, doscientos ponchos y cinco docenas de cohetes que saqué yo de mi polvorín secreto, reforzados a base de clavos. «¡Se van a cagar por las patas p'abajo!», había dicho Unai. ¡El que faltaba! Pude ver a Jon acercarse casi corriendo hacia nosotros. Él sabía que habíamos quedado allí, pero con la hostia que llevaba a la tarde ni me imaginaba que fuera a aparecer. Venía por otro motivo, seguro. Me fui a quitar el pasamontañas cuando me di cuenta de que era lo peor que podía hacer en aquella situación. Salí del grupo que formaba casi un corro –de chiste, era de chiste– y Jon me reconoció al momento. Vino hacia mí diciendo: «Zerbait gertatu da. ¡Hay hasta picolos por ahí!, ¡y dicen que un detenido!».

Me quemé por dentro. Todos escucharon sus palabras y una estampida dejó desierta la plaza de la Trinidad, la Trini, la pobre, abandonada otra vez a su suerte, dudando entre si es plaza o es frontón. Jon, Eneko –el hermano de Unai– y yo, pateamos la trasera y pillamos txoko en el Arraun, un bar que siempre está ahí cuando tú te quieres ir a casa. Un pote en silencio clandestino dio pie a decidir el rumbo correcto para aquella noche tan especial. Efectivamente, a casa. Caminábamos pegados a la barandilla de la Concha por Alderdi Eder cuando sonó mi teléfono. Era Pelos. Que pasáramos por su casa cuanto antes, y que al loro, que el barrio esta-

ba bonito. Entonces no teníamos ni idea de lo que un teléfono móvil podía dar de sí, o mejor dicho, podía dar de ti, de uno mismo.

Pelos estaba duchado y en su cara apenas quedaba rastro de los dos días en Goizueta. Mala señal, muy mala señal. Nos sentamos en los sillones, guarros de años poniéndoles playeras encima. La televisión estaba encendida en el canal de Antena 3, pero en teletexto. El Pelos no decía ni mu. Enseguida me di cuenta de que aquel silencio se debía a algún receptor potencial de sus palabras, o sea que Jon, Eneko o yo íbamos a flipar en colorines en cuanto Pelos dijera lo que ocultaba el teletexto. O los tres. A Unai le había pasado algo, fijo. Lo presentía en la Trini y, media hora después, saboreaba en casa de Pelos un agrio dulzor, típico regusto de un fatal augurio. Jon se dispuso a adentrarse en el colorido mundo del teletexto en el momento en que Pelos lo dijo.

—Al Unai lo tienen detenido en el hospital. Los picolos.

Eneko rompió a llorar de golpe, agachando la cabeza y escondiendo entre sus manos lagrimones que sobrepasaban de dos en dos la barrera de dedos. Jon, no sé, le salió así, digo yo, lanzó el mando contra la tele y pegó de lleno en la pantalla. Al menos no se rompió, y menos mal, ya que Pelos disparó contra Jon dos veces su mirada telescópica del treinta y cinco. Y eso que seguía la tele intacta, que si no, le vacía el cargador a que-

marropa; aunque parece ser que falló en el tiro, pues el muy carajas de Jon ni se inmutó.

Había sido en la calle Aldamar. Se les cayó una bolsa al suelo y los cócteles molotov que iban dentro explotaron a los pies de Unai. Haritz, el camarero de la herriko, y Mari, faltaban. Ellos eran quienes acompañaban a Unai en la tarea de dejar las bolsas. Dos guardias civiles de paisano que se encontraron de morros con el tema sacaron sus pistolas y dispararon, según el teletexto de Antena 3 televisión, al aire. Haritz y Mari salieron corriendo y Unai, al que le había ardido la ropa hasta el pelo, quedó tendido en el suelo y unos guiris apagaron su cuerpo en llamas con la ayuda de varios vecinos. La Guardia Civil, en un coche Z, lo llevó al hospital mientras la policía autonómica, que dirigía por aquel entonces Atutxa, el mismísimo señor Atutxa, acordonaba la zona en busca de pruebas y, de paso, ya que estamos, un poco de bronca. No parecía probable que, estando la parte vieja como estaba a rebosar de gente, los *beltzas* se patearan las calles de contenedor en contenedor intentando hacerse con el material que, con un poco de suerte, las brigadas de limpieza llevarían todo al vertedero. En los cocos que no prenden siempre quedan huellas, aunque no siempre correspondan a quien preparó los cócteles en botellas provenientes en su mayoría, de bares.

Nuestro dilema era doble: por un lado teníamos a Eneko, 23 años y segundo y último de los hermanos. En esa casa iban a faltar dos durante algún

tiempo. No paraba de llorar. «Que puto patán, puto Unai», repetía casi ininteligiblemente una y otra vez. Lo cierto era que no sabíamos el grado de sus quemaduras, pero la benemérita no te lleva al hospital así como así. Y, por otro lado, éramos cuatro, a ver a quién le comes el tarro para que te deje quedarte en su casa «unos días», a ti y a otros tres; y es que en casa de Pelos estábamos de más; sobrábamos en nuestras propias vidas desde hacía un buen rato. No sabíamos si Unai estaría ya como para interrogatorios, pero en cuanto se pusiera lo suficientemente bien como para poder pillar lo iba a pasar muy mal. Y nosotros también, o tanmal, para ser más precisos, si no salíamos de aquel agujero lleno de fotos de militantes de ETA muertos y pañuelos de fiestas. Pelos metió en una mochila camisetas a mansalva y toda la hierba que quedaba. La excursión era para días y los otros tres ya andábamos tarde para ir a nuestras casas. Sabía perfectamente quién no lo debería saber, quiénes éramos los amigos de Unai, dónde vivíamos y dónde nos movíamos. Había que coger un taxi –esta vez pagado por nosotros– y salir zingando.

Como mínimo había que salir de la ciudad y, a ser posible, de la provincia. Marronazo, pero antes de pasar tres días en comisaría, todo es bueno.

Bizkaia maite

Fuimos a Bizkaia, a fiestas de un pueblo costero de cuyo nombre no conseguí acordarme ni en comisaría, aunque eso fue algún tiempo después. Nos salió un pelín caro el viaje, tres taxis, para que no fuera tan descarada la jugada y para no hacerle al taxista la putada de ponerle en bandeja el delatarnos. La idea de ir a aquel pueblo en fiestas la tuvo Jon y en realidad era una buena opción puesto que durante los dos primeros días nadie sabría que nos buscaban, si es que les diera por empezar a buscar ya, y al menos así tendríamos tiempo suficiente para, a una mala, buscarnos la vida mejor y más lejos.

En una chozna de las tres que formaban un semicirco junto a la plaza del pueblo, presidida ella por el ayuntamiento –reloj iluminado, diez menos

cuarto de la noche— nos encontramos con Kini. Era el amigo de la universidad del que Jon nos habló, un chaval fuerte de engañosa gordura, cerca de cien kilos de peso, y peinado inexistente. Tomamos unos cachis con él y tres chicas con las que hablaba cuando llegamos nosotros; les dijimos que éramos de Lezo y que estábamos en Bilbo cuando escuchamos en Euskadi gaztea un mensaje animando a ir al pueblo a fiestas y bla, bla... Típica bola improvisada, suficiente para gente borracha. Jon y Kini simularon ir a meterse una raya y en un viaje a un callejón cercano Jon le explico la situación a Kini, y tuvimos suerte. A la primera de cambio Kini dijo que nos íbamos y Jon, Pelos, Eneko y yo caminamos tras él durante cinco minutos entre calles empinadas y casas enormes de más de cien kilos, típicas de la zona. Cuando ya la oscuridad de la noche empezaba a imponerse a la luz de las farolas, cerca de una pista que no parecía ser muy importante en la red nacional de carreteras —era más bien un camino asfaltado— Kini se detuvo ante una de las casas, sacó del bolsillo derecho de su pantalón un llavero con varias llaves y comenzó a abrir un portón enorme. Me pareció escuchar el ruido de un motor acercarse no a demasiada velocidad, y, según se acercaba el sonido a nosotros, descendía en intensidad, como si redujese la velocidad. Kini abrió la puerta tras darle tres vueltas a cada uno de los tres cerrojos y entró en la casa; tras él comenzaron a entrar los otros tres, quedando yo el último de la cola. Miré en dirección al sonido y vi que un vehículo sin luces asomaba muy

lentamente el morro tras la última casa que estaba antes del camino, y tras el morro, el grueso de un Nissan Patrol que me obligó a frotarme los ojos pues éstos no daban crédito a lo que veían. Era un Patrol de la Guardia Civil. Se detuvo. Yo entré en casa y cerré la puerta en un movimiento impulso.

—¡Están los picolos fuera! —dije chillando en voz baja.

—No jodas, Arrats, que no estamos pa' bromas.

—Que sí, tío; que están ahí Jon, en ese puto camino que hay ahí delante.

—¿En serio? —Kini parecía dar más credibilidad a mis palabras que mis propios amigos. Son las ventajas que se tienen con la gente que no te conoce.

—¡Pues claro que sí! Vosotros, idiotas, os digo en serio que están fuera —sus rostros comenzaban a transmitir más credulidad ahora.

—Subid al piso de arriba, por ahí —dijo Kini—, y ya miro yo a ver.

Subimos por unas escaleras y dimos con una entrada sin puerta que, al encender la luz, mostró un gran salón. Pensé por un instante que fue un error encender la luz, en cambio, nada más hacerlo, escuchamos cómo algo aceleraba bruscamente y emprendía la marcha al tiempo que, a través de una de las ventanas, veíamos dos luces blancas primero girar en la noche y tras ellas dos rojas que

se alejaban en línea recta hasta fundirse con lo negro de la oscuridad.

—¿Estaban o no estaban, gi-li-po-llas?

—Hostia, tú, ¿qué onda? —la cara de Pelos, pálida, daba pena.

—Lasai —le dije— han visto que vivimos aquí y se han ido. Yastá.

—¿Seguro? —Eneko tampoco parecía muy tranquilo.

—Lasai, lasai. Ha sido puuuuta casualidad que hayan aparecido, tíos. Joder, no os emparanoiéis ahora, porque así la cagamos fijo. Se han ido, ¿no? Pues hala, a sobarla.

Kini dijo que volvería al día siguiente con comida y periódicos y se fue. Nosotros, aunque nos costó, dormimos algo.

Desayunamos negro sobre blanco: café con leche, *El correo español*, *Deia*, *Egin*... Unai acaparaba portadas; titulares de Madrid en los que lo despedían vivo y, en las fotos, en la mayoría de las